Evangelina E. Guerrero Zacarías

KALEIDOSCOPIO ESPIRITUAL

(Colección de poesías)

1959

Imprenta PHŒNIX
Boulevar Quezon, Núm. 315
Ciudad Quezon

Copyright by

Graziella Guerrero Zacarías

1959

Derechos reservados

ERRATAS IMPORTANTES

Pág.	*Verso*	*Dice*	*Debe decir*
69	2.o	a mi *ver* te hallé	a mi *vera* te hallé
83	7.o	se ha callado.	se ha callado.
94	8.o	esta tierra	*de* esta tierra
97	1.o	¿a dónde iré...	¿a dónde iré?...
101	5.o	mis anhelos.	mis anhelos,
116	2.o	*contemplan*	*contempla*
121	3.o	*de mis nostalgias, de mis ansias locas.*	*como el ósculo suave de dos bocas.*
150	9.o	se perderá,	se perderá.
182	6.o	*de* mis huesos cubre!	*que* mis huesos cubre!
191	7.o	cayó la lágrima	Cayó la lágrima
202	Línea 19.a	más o *nuevos*	más o *menos*
205	5.a	¡Nadie, nadie, *madie!*,	¡Nadie, nadie, *madie!*

AGRADECIMIENTO

El editor de este volumen de versos se complace en expresar su agradecimiento a D. Antonio Zacarías, esposo de la poetisa, a D.a Nilda Guerrero, esposa del periodista Vicente Barranco y hermana de Eva, y a D. Enrique Fernández Lumba, corrector de estilo del Senado de Filipinas.

El primero consintió en la publicación de algunas composiciones inéditas de la poetisa. La segunda tomó sobre sí el trabajo de reunir la mayor parte de las poesías de su hermana, que hoy figuran en este volumen, desperdigadas en varios periódicos. El último entregó al editor, para ser incorporadas a esta colección, muchos versos que él poseía y que sin su diligencia se hubiesen perdido.

El Sr. Fernández Lumba también intervino eficazmente en la corrección de las pruebas, teniendo así ocasión de cotejar los versos de este volumen con la colección casi completa que guardaba.

Si, con la publicación de este libro, se ha contribuído a la difusión de las obras de los más destacados representantes de la poesía castellano-filipina, el autor se sentirá suficientemente recompensado.

A. M. A.

EVANGELINA GUERRERO... BREVEMENTE

Evangelina Guerrero de Zacarías vió por vez primera la luz del día el 29 de mayo de 1904 en el distrito de Quiapo, Manila, en una habitación de la casa-redacción de *El Renacimiento.*

Fueron sus padres don Fernando Ma. Guerrero, príncipe de los líricos filipinos, y doña Remedios Entrala. Estudió las primeras letras en la Escuela Católica de Nuestra Señora de Guía en el distrito de la Ermita en donde su familia se había establecido.

Más tarde ingresó en uno de los más afamados centros docentes de aquellos tiempos, dirigido por la culta y distinguida educadora doña Librada Avelino, el Centro Escolar de Señoritas, donde continuó sus estudios de primaria, intermedia y secundaria. Entre sus maestros figuraban Alberto Campos, Pacífico Victoriano y Josué Soncuya.

Niña aún, a Evangelina no le gustaba ir a la escuela. Cuentan que en una ocasión, en vez de ir a la clase, se escondió en un cuartito que había debajo de la escalera de su casa hasta que la descubrió allí una de la servidumbre doméstica.

Al terminar los cursos secundarios en 1923, Evangelina se dedicó de lleno a conocer a los grandes escritores,

leyendo con fruición y avidez los libros de la extensa y selecta biblioteca de su padre. Y así fue que, empapándose en tales lecturas, sintió brotar en su alma el anhelo de pulsar la lira.

Bajo la tutela paterna comenzó a escribir cuentos, poesías y ensayos cortos, llamando prosa lírica a estos últimos. En 1929 murió su muy querido padre y, poco después, contrajo nupcias con el poeta Antonio Ma. Zacarías que más tarde fue Secretario del Senado de Filipinas. Su esposo, según ella, la había ayudado mucho a perfeccionarse.

En 1935 ganó el premio Zóbel, el más alto galardón de literatura castellana que se ofrece en Filipinas, presentando en concurso un tomo de poesías, cuentos y prosa lírica titulado *Kaleidoscopio Espiritual.*

Colaboró en varios periódicos y revistas en español, como el *Excelsior, La Vanguardia, El Debate* y, principalmente, *La Opinión* cuya revista semanal editaba la joven poetisa. En 1947 fue exaltada como la primera académica electa de la Academia Filipina, alto honor jamás concedido a ninguna otra mujer en Filipinas. Evangelina no quiso, sin embargo, aceptar la elección por razones de modestia y de salud.

Evangelina llevó una vida sencilla y tranquila. Nunca anduvo a caza de oportunidades para exhibirse o llamar la atención. Era modesta como la violeta.

Sus predilecciones fueron la literatura, la música, las películas románticas, sus animales domésticos y su jardín. Era de carácter efusivo, alegre, tierno y compasivo. Sobre todo amaba con especial cariño a los miembros de su familia y de su casa.

Su gran corazón vibraba de ternura por todos los que la rodeaban. Adoraba a los suyos hasta el sacrificio. Siempre tenía una sonrisa, una palabra tierna, un gesto dulce para el hermano, para el amigo y aun para el extraño.

Tenía para todos comprensiones de madre y de buena compañera. Hasta al último minino de su casa prodigaba ella sus ternezas. Era tan compasiva que cuando oía al perro del vecino gemir de hambre, Evangelina no conseguía conciliar el sueño hasta haberle mandado algo que comer.

La muerte de su querido padre le produjo una incurable herida en el corazón. Los horrores de la pasada guerra aumentaron sus congojas, y la trágica suerte de su hermano, el Dr. Tristán Ma. Guerrero, desaparecido misteriosamente durante la hecatombe que siguió a la liberación de Manila en 1945, fue el golpe final que le trastornó por completo la salud. En 11 de abril de 1949, habiendo recibido los últimos sacramentos, expiró en el Hospital de Sto. Tomás.

ÍNDICE

Página

Agradecimiento iii
Notas biográficas v
In memoriam 1
Contigo 4
La tarde se va 7
Plegaria 11
Tristeza 13
A España 16
El parque solitario 22
Poeta 24
Sonata 27
Paradoja 29
Amanecer 31
Tú, ¿que sabes? 33
La mentira de los años 35
Boceto 38
Víncitor 40
A una florecilla azul 42
Eran mis aves 45
Augustia 48
Aunque no me digas 50
¡Mírame, Señor! 53
Retrogresión 55
Nocturnal 59
Cuando diga adiós 62

Página

Esclavitud 66
Ven a mí 73
Preludio 76
Algún día 78
Ríete así 80
¡Oh, alma dolorosa! 83
A mi musa 85
Lo que se va 87
Canción triste 90
La partida 93
Sombras de recuerdo 95
¿Cuándo? 98
Hogar, mundo mío 101
A la Virgen de Guía 106
Barcarola 109
Invitación a la musa 112
Nocturno 116
Cuando vuelvas 118
Penas, penas mías 123
¡No me quieras! 125
Hoy, como ayer 127
La Cruz 132
¡Viejo piano, dulce amigo! 134
La noche 136
Delirio 138
Al toque pascual 141
No busques en mis versos 145
Soneto 147
Hacia el remanso 149

Página

Hacia la mar 152
Congoja 155
Jardines 157
Siempre 160
Capricho 165
Discretamente 168
Balada nocturnal 171
Luz astral 173
¡Cantando pasaré! 175
Vértigo 177
Futilidad 180
Mandolinata 183
¡Mater Dolorosa! 186
Confesión 189
Lírica 193
Lírica 196
Postfacio 199

IN MEMORIAM

(Ante la tumba de mi padre)

¡Oh tristeza infinita de las cosas,
que parece un reflejo de las mías!....
Olor de cirios y de mustias rosas,
llena mi vida de melancolías.

He seguido el camino del cariño
que nunca al corazón pone sus bridas,
y aquí me estoy, llorando como un niño
que no sabe curarse sus heridas.

Que te envuelvan mis lágrimas candentes

con caricias de sol de primavera,

y arriba lleguen hasta ti, silentes,

las plegarias que dice mi alma entera.

¡Oh, padre, qué triste parece todo!..

La misma luna que, soñando, amaste,

lleva en sí el sello del dolor del lodo

mientras llora la estrella que cantaste.

¡Oh dolor de la vida y de la muerte
entre los cuales el recuerdo oscila,
como péndulo eterno de la suerte,
llama encendida que jamás vacila!

Y está la tarde triste de no verte,
como mi corazón que en su hondo anhelo,
romper quiere el misterio de la muerte
y volar alto hasta tu propio cielo.

¡CONTIGO!...

(A mi amado padre.)

¡Oh dolor de dolores! ¡Oh la intensa agonía
de mi triste orfandad!... Eterna herida abierta.
Desde que tú te fuiste aquel amargo día,
mi pecho enfermo llora ante la angustia cierta.

Y te fuiste en silencio, te fuiste, padre mío,
con la estrella nocturna cuando el alba nacía;
¡mas no hubo sol en mi alma, tan sólo intenso frío!..
¡la luz de la mañana fue mordaz ironía!...

¡Padre!... ¡la cruz es grávida! ¡es tan largo el calvario!

y sola en el camino que riego con mi llanto,

mi pobre corazón, como un roto rosario,

va dejando las cuentas de mi agónico canto.

Sola por el sendero que los dos recorrimos,

con ronca voz te llamo y nadie me responde.

¡Padre!, ¿por qué te fuiste? ¡Señor! ¿Por qué vivimos?

¿Es tan mala la vida que tanto dolor esconde?

Pero ¡no! ¡tú no estás tan solo en tu quietud!...

Junto a tu fosa, padre, mi amor tu sueño vela.

¡Duerme! ¡No lloraré!... Tañeré en mi laúd

canciones que tú amaste, mientras mi amor desvela.

LA TARDE SE VA

Ya la tarde se va... La tarde honda y callada,
(cual los grandes silencios de los largos caminos).
Tiene melancolías de mujer olvidada
que pregunta el por qué de los raros destinos.

Ya la tarde se va. ¡Es flor que se desmaya
sobre el cristal del mar! Oro sobre la espuma,
violeta de las cimas, bandera bruja y gaya,
desceñida y flameante sobre la leve bruma.

Van las albas gaviotas, fugaces, fugitivas,

signando con su vuelo senderos de ilusión.

Se alejan las gaviotas — siluetas sensitivas —

al roce de la sombra, al toque de oración.

El crepúsculo encinta una nostalgia grave.

El alma pensativa se recoge en sí misma.

Las Horas, compasivas, con un gesto muy suave,

de la quimera prestan el fantástico prisma.

Psiquis sonríe leda. Bella, langorosa,
escucha el secreteo de voces añoradas;
al capricho febril entrega voluptuosa
su frente de poeta, sus dos manos sagradas.

Despiértanse las liras de sones melodiosos,
reviven las canciones de las fiestas galanas,
los jardines se pueblan de peplos luminosos
y palpitan los cuerpos en las danzas paganas.

En la cumbre infinita, muerta la luz del día
bajo un azul encanto se descubren los astros.
Capullos de la noche, sirenas de la umbría,
las nevadas estrellas remedan alabastros.

Ya la tarde se ha ido, tan dulce y tan callada,
(la del largo silencio de los hondos caminos),
con sus quietas tristezas de mujer adorada
que mira imperturbable los ocultos destinos.

PLEGARIA

En mi pecho enfermo pon, Señor, tu mano
y apaga la llama que enciende mi angustia;
la simiente extirpa del dolor malsano
por la cual mi vida como flor se mustia,
¡cúrame, Señor!...

¡Oh, Divino!... ábreme las puertas cerradas
de la dulce calma, serena e infinita,
deja que mi boca, de fuentes selladas,
apague en sus aguas mis ansias cautivas...
¡óyeme, Señor!...

Que para mí sea la viva ilusión
como eterna flor en mi senda incierta,
y sea el olvido para el corazón,
la piadosa esencia en mi herida abierta:
¡Cúrame, Señor! . . .

Pon en mi camino un rayo de luz,
corona mi frente de ramos floridos,
que así será leve la grávida cruz,
cuando en mi sendero florezcan olvidos.
¡óyeme, Señor!. . .

TRISTEZA

Déjame estar así con mis ensueños
que son para mis noches, mariposas
de luz. Déjame así con mis tristezas,
con mis quimeras y mis soledades.

En mi pecho ha dejado su fragancia
un amor ya lejano, ya perdido;
y aún tiembla en mi boca el beso loco
con que sellar quisiste mi alma enferma.

Déjame así, con mis silencios hondos..

¿tú qué sabes de mí?.... ¿Qué sabes tú?

Yo amo la flor de los caminos áridos

y la ardiente amplitud de los desiertos;

busco en la noche el suspirar medroso

de la luna que rueda entre cañales,

y la sombra de mi alma es otra sombra

perdida en las penumbras de la vida.

¡Oh tristeza, preludio de la muerte!...

¡Oh alma que entre nostalgias te consumes!

rompe el cristal de vanas ilusiones

como rompe el cristal de su ola el mar.

A ESPAÑA

Al levantar su vuelo del polvo de la vida
aquellos hombres idos que de mi sangre fueron,
al legarme esta santa pobreza no sentida,
dejáronme un tesoro: ¡tu lengua que aprendieron!

Hoy a tí me aproximo, cogida al lazo que une
a la tuya nuestra alma, y al cantar tus proezas,
¿cómo mejor hacerlo que en la voz que reúne
todas las harmonías y todas las bellezas?

Mil sistros cuyos ecos al Olimpo glorioso
han llegado, sintiendo tu beso, vibrarán;
veinte naciones bravas, en concierto armonioso,
con los brazos del alma tus playas buscarán.

Uniendo al coro inmenso las notas de mi canto
que, ignorado y humilde desde un rincón te llama,
madre mía, quisiera sentir siempre el encanto
de tu idioma glorioso y tu egregia oriflama.

¡Oh, España, carmen áureo. do brotaron divinas
en floración fecunda rojas rosas del genio!.....
¡Oh, España, donde gimen las arpas peregrinas
de los grandes troyeros del más clásico ingenio!

Aquéllos cuyas musas surgieron bellas, fuertes,
como aquellas Walkyrias del Wagneriano sueño,
aquéllos cuyos versos escuchaban inertes
tus sierras que en la noche se bañaban de ensueño.

Frente al mar te levantas, ¡oh, arrogante matrona!,

como eterno peñasco que ningún rayo hiende,

y no hay soles que eclipsen tu brillante corona,

tu espiritual imperio que en dos mundos se extiende.

En medio de las ruinas de la hecatombe humana

en que las avaricias son fuentes de dolor,

tú sola eres piadosa, tú sola eres la hermana

de labios enjoyados de palabras de amor.

Sueña bajo el tranquilo cielo que te cobija
sin que tu seno agiten las locas ambiciones;
duerme, casta gacela, que el ensueño prohija,
al arrullo encantado de viejas tradiciones.

Al levantar su vuelo del polvo de la vida
aquellos hombres idos que de mi sangre fueron,
al legarme esta santa pobreza no sentida,
dejáronme un tesoro: ¡tu lengua que aprendieron!

Hoy a tí me aproximo, cogida al lazo que une

a la tuya nuestra alma, y al cantar tus proezas,

yo te invoco en la lengua que harmonías reúne

y que es cifra, ¡acervo y síntesis de todas las bellezas!

EL PARQUE SOLITARIO

Envuelto en sombras duerme en el misterio
de la noche plateada el olvidado
parque; glosa la brisa en el salterio
mágico del frondaje desmayado

leve cantata de sutil pesar.
Surca las ondas una azul estela
que un barco deja sobre el glauco mar.
Un ave pía con fugaz cautela...

Es una queja el canto de la fuente

que va evocando mil recuerdos viejos,

mientras sus aguas hacia el cielo miran.

Y en un espasmo de ansiedad ardiente,

se alzan hasta los astros que allá lejos,

plenos de amor por su pasión suspiran.

POETA

Desdeño esas glorias que a tí te envanecen,
no quiero esas gemas que adornan tu frente;
¡calla, hermana, calla! que el alma envilecen
tus duras blasfemias. Escucha...¡detente!

Mi gloria es más rara, es casi infinita.
Mi triunfo interior lo guardo en el alma
envuelto en los oros— como flor bendita—
de sueños serenos como un cielo en calma.

Me bastan los cantos de mi corazón,

la flora inmortal de mi pensamiento;

en mis labios llevo la eterna oración

de las musas graves de místico acento.

No ansío tus cofres ¡oh, frívola hermana!

Me ofrenda sus tules la melancolía,

tengo en mis cabellos sol de la mañana

y bebo en la noche en la azul orgía.

Para mí la idea, la esencia divina
de las cosas: ¡Vida! ¡Oh! cristal de fuente,
ósculo de luz que en mi ser germina
tal que en fértil tierra preciada simiente.

Sigue tu camino. El mío está en sombras...
Es triste el sendero... triste cual la cruz.
Mas yo ¡soy poeta! y el dios que tú nombras
yo lo desconozco... ¡Yo traigo mi luz!...

SONATA

¡Porque te quiero, tu dolor es mío!...
y cada herida que en tu pecho se abre,
es llaga viva que el destino impío
de tu pena hace que la mía labre.

De tus tristezas nacerán las rosas
que tu ignoto camino aromarán;
mis tristezas, plegarias dolorosas,
llenas de tí, por siempre, brotarán.

Y a la fuente escondida de mi vida,
vendrá a posarse tu dolor un día,
como a su nido la paloma herida
en el reposo de la selva umbría.

¡Porque te quiero, tu dolor es mío!
Si alguna vez llegaras a olvidar,
porque te quiero y tu dolor es mío,
sin vanos llantos te veré marchar.

PARADOJA

La tarde farfullaba letanías
de soledades y tristezas mansas.
En la trama muriente
de la seca hojarasca, quedó mi alma.
Alzaba el polvo de las pardas vías
la brisa desalada...
Los laureles floridos remecían
sus ramas sonrosadas.
Las bóvedas desiertas
desataron su voz. Pasó el fantasma
de un sueño que soñó mi corazón...
Yo no sé si la sombra desolada,
la sombra sola y triste,
eras tú. Sólo sé que sentí en mi alma
fuerte sabor de llanto, ¡una honda pena!

El pico bravo de la azul montaña

se encendía en la hoguera vesperal.

Sentí en mi pecho arder la vieja llama

de una nostalgia vieja.

Por la desnuda tierra solitaria

pasó una sombra esquiva.

¿Eras tú?... Yo no sé... mas quedó en mi alma

fuerte sabor de llanto, una honda pena.

AMANECER

Ha pasado la noche de amarguras
con sus velos sombríos
y sus fúnebres mantos.
Y han vuelto con el día los encantos...
se despiertan los ríos
deshechos en blancuras.

Se han ido con la noche mis dolores
con su flora malsana
y sus hiedras malditas.
Ya no me arredran con su voz mis cuitas
en la clara mañana
de cándidos colores.

Amanece Natura con sus galas

y benéficas luces,

¡oh alma ingenua del día!

Trae el viento un rumor de poesía

y se borran las cruces

bajo un palpitar de alas.

TÚ, ¿QUÉ SABES?

Dices que me envidias, que no tengo penas,
que es flor de mis labios la risa galana,
que yo me entretengo con mirar apenas
el triste desfile de la caravana...
tú, ¿qué sabes?

Dices que quisieras mis lágrimas ver,
y en el hondo arcano de mi corazón
pulsar el latido de todo mi ser
por ver si tú encuentras alguna pasión...
tú, ¿qué sabes?...

Tú dices que ansías el verme morir,
por ver si la muerte me apaga la risa;
¿crees que la temo, que la he de sentir?
¿Que en mí no la llevo, que no está en la brisa?
tú, ¿qué sabes?...

Si lloro en la noche, si río por nada,
si lleva un dolor mi llanto escondido;
si muere en su cruz mi alma atormentada,
si llevo en el pecho infierno encendido
tú, ¿qué sabes?

LA MENTIRA DE LOS AÑOS

Sentí al tibio calor de una cauda brillante
un latir de esperanzas, ¡oh, mágico cantar!
esperanzas que fueron fulgencias de un instante,
cantar que en mí despierta anhelos de llorar.

Niña me llama el mundo. Me dice que soy joven,
que en mi alma no hay lugar para guardar angustias.
¿Quién sabe si no es como sonata de Beethoven,
santuario de tristezas y de ilusiones mustias?

No espero para mí amores ni venturas,

mi vida es como mi alma, y mis tristes pasiones

en sí llevan el sello de las hondas negruras

del abismo en que expiran las más dulces canciones.

"¡Ríe, canta!", me dijo un corazón amigo.

Quise enjoyar mis labios con la frívola risa

y entonar un loco himno del placer al abrigo.

"Ríe, goza!", me dijo "¡Ama, canta y ve a prisa!" ....

El frío de una lágrima apagó la sonrisa,

como apaga la lluvia el calor de una hoguera.

Apresada en nostalgias se abatió con la brisa

el canto que en mi pecho profundo suspiro era.

Sentí el tibio calor de la ilusión primera

partir como una estrella cuando mueren las sombras.

El ánimo enloquece en esta eterna espera.

¡Oh, Serapis, yo sé que tú, amante, me nombras!...

BOCETO

Rosas sangrantes sobre el mar desflora
el sol que dice adioses en la tarde,
riman las aguas su canción sonora,
bajo nubes de fuego el poniente arde.

Vibran las cañas al chocar del viento,
formando extraña y triste sinfonía,
y la palmera altiva en vaivén lento
es una glauca nota de armonía.

Una barca se aleja lentamente,

una estela de luz, un vago canto,

sombras que pasan sobre el quieto mar;

Y las horas se van pausadamente,

mientras vierte la luz su último encanto

en un intenso, pálido llamear.

VINCITOR

(Al excelso paladín de nuestra raza,
Hon. Manuel L. Quezon)

Retornas a nosotros coronando
el más caro ideal de nuestras almas;
tus glorias nuestras liras van cantando
bajo el suave mecer de verdes palmas.

Mirtos, laureles, tu camino cubren
y al son triunfal de la victoria ansiada,
frentes altivas ante tí descubren
la rosa de sus sueños perfumada.

En nuestros pechos, encendida llama,

renace fuerte el libertario grito:

¡Es la voz de la patria que te aclama

a la dulce promesa de bonanza!...

Que ya el Destino en nuestro cielo ha escrito

cual celeste milagro la Esperanza.

A UNA FLORECILLA AZUL

Sobre tu fino tallo tu corona
de un azul delicado y transparente,
parece mariposa remolona
jugando con la brisa dulcemente.

Entre mis dedos tiemblan agitados,
tus cinco pétalos color de cielo,
igual que cinco sueños apretados
en mi frente rendida sobre el suelo.

¡Florecilla de ingenua maravilla!

si sobre tí reposo la fatiga

de mis ojos, tú sabes con sencilla

caridad ofrecerme tu alma amiga.

Es tu matiz el de las cosas buenas;

ceñidor de la veste Virginal,

pupilas niñas de pureza llenas,

y del insomne lámpara letal.

Te busco con afán si la fatiga

con sus manos tan finas me acaricia,

pues hay algo muy suave en tu belleza

que habla de calma y de interior delicia.

Risueña flor de abril, ¡ay! Quién pudiera

vivir un día en tu inocencia santa

y morir con la tarde a la postrera

ignición de la mar que llora y canta.

ERAN MIS AVES

Eran mis aves blancas y azules,
aves nacidas de la ilusión,
fueron tejiendo dorados tules,
cándidos sueños del corazón.

Sobre mi frente ellas pusieron
frescas guirnaldas de suave olor,
y en mis oídos ellas vertieron,
tiernos arrullos de dulce amor.

En mi sendero claro y abierto

mis aves eran guía y timón,

nada era oscuro, nada era incierto,

era mi vida una canción.

Mas hoy mis aves me abandonaron,

mis aves blancas de la ilusión,

hacia otros cielos su vuelo alzaron,

mi senda cubre la cerrazón.

Oteando el cielo, sigo la ruta
de mi destino triste y silente,
mi alma apenada la sombra escruta,
soñando en aves amargamente.

Eran mis aves blancas y azules,
aves nacidas de la ilusión,
ya se llevaron los áureos tules,
de los ensueños del corazón.

A N G U S T I A

Alzo mi copa donde burbujean
melancolías y nostalgias locas,
mientras las sendas a la luz clarean
y ahogan los sollozos nuestras bocas

¡Qué tarde han florecido los rosales!...
¡Qué vanos el Ensueño y la Quimera!...
Pobres cosas que han muerto en los zarzales
que ha dejado tras sí la primavera.

¡Oh eterna pesadumbre de la vida
que pone en nuestras risas la amargura
y refresca los labios de la herida
desplegando sus mantos de negrura!

Bulle el brebaje entre mis manos pálidas
que tiemblan al beso de la muerte;
y en el encanto de las horas cálidas,
echa la vida el dado de la suerte.

AUNQUE NO ME DIGAS

Yo sé que me quieres aunque no me digas,
yo sé que me tienes cautiva por siempre
en las fuertes redes de tu propia vida,
celeste incensario de un sueño perenne.

Aunque no me digas que sin mí no vives,
mi anhelo me dice que todo es verdad;
que ciñen tu frente muchas flores tristes
si agobiado piensas en un despertar.

Yo, ¿qué he de decirte? Te miro...y me callo.
Tú ya bien comprendes mis hondos silencios.
La estrella hecha flor del cielo lejano
contempla en las aguas su sombra sin miedos.

Deja que mi pena repose en tu pecho,
como fatigada paloma viajera.
A la sombra tibia del tranquilo huerto
de la paz gocemos la caricia buena.

Que sea el reposo canción, serenata,

mientras hilvanamos en la hora serena

los sueños maduros de épocas pasadas

que llenan de efluvios nuestras almas viejas.

Aunque no me digas que piensas en mí,

que toda me guardas en tu corazón,

volveré al recuerdo y hallándote a tí,

¡aunque no me digas sabré qué es amor!

¡MÍRAME, SEÑOR!...

Desfallezco a tus plantas como un tallo tronchado
que dobló la vorágine con su beso de fuego.
Señor, ¿qué he de decirte? Yo que mucho he llorado
y, como Tú, he amado para morirme luego,
desfallezco a tus plantas como un tallo tronchado.

El corazón me dice que amar nunca es pecado,
que es pan de nuestra vida la suprema emoción;
corazón que palpita sobre su cruz clavado,
vivir no puede al soplo de mundana ilusión,
y suspirando gime: ¡amar nunca es pecado!...

Pusiste en nuestro pecho un cordaje divino
que nos hace gozar o nos hace llorar;
y por eso en el barro hay un soplo hialino,
y por eso aprendimos entre angustias soñar,
porque vibra en nosotros tu cordaje divino.

¡Escúchame, oh, Señor!... que me miren tus ojos
repitiendo que es cierto que Amor es la verdad.
Que no lea en tu ceño amargura o enojos
que, herido el corazón, por él clamo ¡piedad!
viendo que fluye el llanto de tus divinos ojos.

RETROGRESIÓN

Vuelvo a leer las viejas cartas
que un tiempo alegre van a evocar;
son perlas finas que en níveas sartas
mi insulsa vida van a adornar.

Las pobres cartas donde quedaron
temblando locas, hondas pasiones.
En vana espera amarillearon
sin despertar mis compasiones.

Fueron escritas en claros días

llenos de risas de juventud;

flores y luna, todo armonías,

sin una espina ni una inquietud.

Llena de burlas y de desdenes,

dormida el alma de la mujer,

en negro cofre con otros bienes,

quedó en olvido un gran querer.

¡Oh paradoja de nuestra vida!...

¿Por qué me harán ahora llorar?

¿Será la angustia hoy presentida

de anhelos íntimos al descifrar?

Todo el presente feliz cambiara

por un instante de aquella edad,

sin una lágrima que recordara

que es muy esquiva Felicidad.

Ahora comprendo las tristes cartas.

Ambas buscamos cristal de fuente...

Por eso quiero llevar las sartas

de perlas finas sobre mi frente.

NOCTURNAL

Los jardines se aduermen bajo el azul milagro
de la luna que sueña en la noche serena;
cada estrella que surge en el cielo lejano,
es ilusión que vibra y palpita y se aleja.

Y en la tácita calma de la noche y la luna,
mi corazón es flor que a sus manos se entrega,
cantares mis anhelos, mis quimeras espuma
de la mar que entre sombras meditando se aquieta.

¡Oh trémula dulzura de fantásticas horas
cuando brotan absortas, cargadas de ternura
las rosas encendidas, el alma de la cosas,
a la blanda caricia de la brisa que arrulla!

¡Oh la divina euritmia del poema invisible
de la noche que canta, de la noche que llora
mientras quedo, muy quedo, el corazón deslíe
sus plegarias de amor en mágicas estrofas!...

Ante tu altar de sombras que rasgan los ensueños

difunden su perfume las flores de mi pena.

Un silencio muy hondo va sembrando el tormento

en mi pecho abrasado por angustias secretas.

CUANDO DIGA ADIóS

Quisiera retener en mis pupilas,
bajo las sombras tristes de la muerte,
la gama ardiente de los claros días
llenos del ritmo de encantadas fuentes.

Cuando yo diga adiós al mundo mío
al viejo hogar, ¡consuelo de mis padres!,
haz que sea, Señor, bajo el cariño
y dulcedumbre eternos de mi madre.

Que oiga el murmullo de mi viejo mar,

las sinfónicas quejas de mis árboles

al batir de los vientos, y el leal

gruñido de mi perro en mis portales.

Sienta dentro del pecho el roce amigo

de un viejo amor hallado en mis jornadas,

y así llevarme el ramo florecido,

mi siembra de cariños, ¡luz de mi alma!

Acaricien mis ojos los capullos

de cármenes abiertos a las auras,

y al beber en la copa el brindis único

¡surque los cielos la paloma blanca!

Entre las suaves luces de la tarde

quede suspenso el último suspiro,

como queda el postrer, claro celaje

a la estrella del véspero prendido.

Haz, Señor, que me vaya sin rencores,
sin tristezas ni agravios que me aquejen
el corazón en muerte. ¡Sólo amores
vigilen mi reposo dulcemente!

Así, como una rosa que se inclina
bajo un beso de luna en primavera,
quede extática en la hora el alma mía
cuando yo adiós diga en la tarde bella.

E S C L A V I T U D

Habitabas en mí. Te presentía
como una floración en primavera.
Fué tu cálida voz la que decía:
"¡Entrégate a mí! ¡Quiero tu alma entera!"

Eres tú quien hacía que a mi anhelo
se abriesen todos los capullos claros,
como bodas fragantes sobre el suelo
bajo la luz de los celestes faros.

Yo era tu dueña; tú, ¡mi esclavo fuerte!

Como un bufón seguías mis antojos:

y temblando pensabas en tu suerte

si te miraba yo con torvos ojos.

Yo te decía "¡vete!", y te extasiabas

viendo mi mano reposar inerte

al borde de la fuente que guardabas...

¡Ya me sabías tuya hasta la muerte!

Y por tí las luciérnagas divinas

alegraban mis noches, ¡grato Ensueño!

Parecían estrellas vespertinas

que entre sombras jugasen con mi sueño.

A tu voz amainaban su alto vuelo

las mariposas de color de incendio,

y besaban mi cuerpo y era el cielo

de la belleza arcana el gran compendio.

Después, no sé qué filtro dulce y mágico
en la copa pusiste de mi vida:
a mi ver te hallé tan bello y trágico
que sentí mi alma por tu amor herida.

Tú vienes por la vía de las rosas
a la ventana de mis ansias hondas,
donde palpitan ellas temblorosas
como gotas prendidas en las frondas.

El eco de tu voz guarda mi oído,

a tu llamada tiemblo, ¡oh bello Ensueño!

Desfallezco y morir me siento al ruído

de tu rítmico paso ¡oh dulce dueño!

Para tí los secretos de mis cantos

y la sal de mis lágrimas amargas;

para tí son los íntimos encantos

de la santa emoción con que me embargas.

¡Oh dulce esclavitud por la cual río

y sufro y vivo y muero a todas horas!

Te busco en el aliento limpio y frío

de la noche, madrina de las flores;

te busco en el cristal de las fontanas,

en las copas cuajadas de perfume,

en la esencia vital de las mañanas,

y en esta espera mi alma se consume.

Enamorada y loca por tí vivo
guardando el polvo de oro de tu veste,
por tí es mi corazón tan sensitivo
que llora y canta a tu ósculo celeste.

Por las rutas sombrías de la vida
los dos iremos amorosamente;
mis cadenas de esclava, enardecida,
besaré... Tú, conmigo eternamente.

VEN A MÍ

Huérfano triste de los tristes ojos,
que sigues del dolor las amplias sendas,
ven que en mi pecho no hallarás abrojos
ni el violento clamor de las contiendas.

Ven a sentarte aquí, cerca de mí...
Pondré en tu frente muchos sueños míos
y en la dulce quietud estaré, así,
poniendo rosas en tus dedos fríos.

Tendré para tus noches los cantares

con que mi madre me acuñó de niña,

irás bogando por mis viejos mares

y dormirás cuando mi amor te ciña.

Habrá sonrisas en tu triste boca,

celajes de ilusión en tus miradas

y para el llanto o la alegría loca

mi corazón y sus azules hadas.

Hollará tu coturno los senderos,

su manto real desplegará el Ensueño;

tus galardones ondearán cimeros

al galope del blanco clavileño.

¡Triste infante de todas mis piedades!

rimarás con tu pena la quimera

y en torno de tus blancas soledades,

retoñará una eterna primavera.

PRELUDIO

En el vaso sombrío de mis penas
cayó la rosa ardiente de un cariño.
Mis sueños eran castas azucenas
en aquel ingenuo corazón de niño.

La rueca de los años fue urdiendo
la implacable hojarasca del olvido.....
brotó un lamento que se fue perdiendo
con tremores de trágico alarido.

Pasó el breve prodigio del momento.

Quedó un dulzor de mieles en mi boca

y algo muriente se fundió en el viento.

¡Ya dejé de llorar!... En mi horizonte

ví dibujarse una esperanza loca

tras la tétrica risa de Caronte.

ALGÚN DÍA

Algún día, vencida, en un oscuro hueco
yaceré,
vencida por la vida, vencida por el fuego
de la materia triste
con el cerebro quieto, callado el corazón.
Dormiré...
mientras el mundo finge
que prosigue su ruta de ilusión y de amor.

¡Dulce sueño!...
No saber que la rueca de nuestra inquieta vida
va tejiendo
implacable, animosa, con la hebra de los días
el lino funerario
con que cubrimos luego lo que en el pecho muere.
Y lo incierto
se esfuma en la verdad del breviario cerrado
que compendia la muerte.

¡Y morir!...
No sentir el quebranto de nuestro ser entero...
No sentir
el vacío profundo donde escribe su verso
irónico y amargo,
la vida que se queda, el sueño que se va;
no sufrir
por lo que vive y muere, lo que es sonrisa y llanto,
lo que la vida da.

Por eso busco el canto,
el iris del ocaso,
porque sé...
que algún día, vencida, en un oscuro hueco
yaceré,
vencida por la vida, vencida por el fuego
de la materia triste,
con el cerebro quieto, silente el corazón.
¡Dormiré!...
mientras las almas fingen
que persiguen el vuelo de un ensueño que huyó.

RÍETE ASÍ

Al correr de las horas del reposo,
corazón, yo te siento sollozar
por un abstruso anhelo misterioso
que es este mal tan grande de soñar.

Por tus grandes tristezas silenciosas
que tiñen de tragedia tu ilusión;
¡por tus muertos jardines hoy sin rosas,
ríete así, mi pobre corazón!.....

Que resuene tu risa en los alcores

bajo el cristal del cielo de zafir...

¿qué importa si no quedan más albores,

si está escrito que en breve has de morir?

Triste bufón sediento de quimeras

que al morir de la tarde languideces

sintiendo que se van las primaveras,

pobres muertas lloradas entre preces...

Ríete así, sin más otra ilusión

que desgajar las rosas de tus risas.

¡Ríete así, mi pobre corazón,

que se llevan tus lágrimas las brisas!

¡OH ALMA DOLOROSA!

Triste cual los crepúsculos de vida,
profunda y silenciosa cual los pozos,
vienes hasta mí, ¡oh alma dolorosa!
y en las noches de negras pesadumbres,
viertes la esencia de tus viejas penas
que en mi pecho se encierran fuertemente.

Sollozas... Ya la fuente se ha callado.
se ha callado la fuente rumorosa
donde se acercan a beber los pájaros,
en la hora luminosa de los sueños.
¡Oh tardes melancólicas del alma!...
¡largas tardes perdidas en tristezas!

Tú, que en mi espíritu te adentras, cálida

como un ósculo tibio y amoroso,

dime al oído tu clamor de angustia

y en mi ansia pon la flor de tus anhelos.

Húmeda de mis lágrimas, tú irás

eternamente, ¡oh, alma dolorosa!

A MI MUSA

¡Oh, tú que apareces en la noche triste
envuelta en el iris de la fantasía,
¡sé amiga y *hermana*!
y haz que en la fontana
quieta de mis ansias que a morir resiste,
vuelva *la divina canción* de armonía.

Restalle en las sombras de mi alma *errabunda*
tu fusta de estrellas, la de mil visiones,
que se abra el capullo
del sueño a tu arrullo
y huya sofocada la inquietud profunda
bajo el chorro ardiente de áureas igniciones.

¡Oh, tú, musa mía! Dulce bienhechora
que acortas los días de intensa amargura,
acercas el vino
—en vaso opalino—
al labio sediento, al labio que añora
dulzuras de miel, eterna frescura...

Cubre la llanura de mi inquieta vida
de rosas nacidas, de flores abiertas
en bellas auroras,
y pon en mis horas
sangre de crepúsculos y en mi alma, esparcida,
la otoñal fragancia de vías desiertas.

LO QUE SE VA

Pasó como una ráfaga cuajada

de efluvios esotéricos,

y fue como una lágrima engarzada

en un extraño verso.

Iris que al resbalar por la enramada

¡fue a perderse en el día!...

¡Ayer!... canción de fuente abandonada

en solitario parque.

¡Celeste juventud divinizada,

en la lira armoniosa

del que cantó de otoño la dorada

canción en primavera!...

Juventud adorada,

que dejas mi alma fría y desolada,

en un lento crepúsculo,

como una triste huerta devastada.

Ya se va hacia la mar alborotada

mi esquife frágil, leve,

y es una loca golondrina alada

que el viento arrastra lejos...

¿Hacia dónde? ¿Hacia qué gruta olvidada,

hacia qué islas de sombra,

reposará algún día, destrozada,

rotas sus albas velas?

CANCIÓN TRISTE

A la luz de la hoguera tú anhelabas
los misterios de mi alma conocer;
tus ojos me decían que me amabas,
yo reía, fingiendo no saber.

Junto a la fuente clara y cantarina,
cabe la sombra del mangal en flor,
derramaste en mi oído tu divina
historia humana de dolor y amor.

Y allá en la soledad del campo abierto,

desde tu fresco y rústico rincón,

las tristes notas de tu canto incierto,

mansas aves, buscaban mi balcón.

Y una noche de mayo florecido,

ví alejarse la luz de tu linterna

en el revuelto mar embravecido,

hacia las sombras de la calma eterna.

El amable calor de la fogata
no penetra en mi frío corazón,
ni el claro chorro de la fuente es grata,
pues perdí para siempre tu canción.

Frente al mar donde un día te perdiste,
con tu libro de versos en la mano,
paso las horas en espera triste,
recordando la noche en que te fuiste
hacia un país quimérico y lejano.

LA PARTIDA

Te vas... Ya otros caminos te abrirán
el *misterio escondido de sus vías.*
¡Vete!... ¡Que no mire en tus ojos tristes
la sombra tan profunda de mi pena!

Deja que a solas del recuerdo viva,
bajo el *cielo sin luz de lo futuro;*
irán mis ansias cual celestes aves
tras la huella perdida de tus pasos.

No te inquiete mi suerte indescifrable...

Si te esquivan mis ojos, ¡no lo sientas!

¡los sollozos me anudan la garganta!

¡me destrozan tu pena y mi agonía!

Clavada estoy sobre mi cruz de amores,

presintiendo el martirio del olvido;

sin cariños que borren la amargura

esta tierra desnuda y desolada.

SOMBRAS DE RECUERDO

Ciega estaba y el sol mi alma doraba...
El ave sobre mi hombro se dormía,
la flor mi boca con amor besaba
y era susurro el viento que gemía.
¡Ciega estaba y el sol mi alma doraba!...

Alguien traspuso mi portal abierto,
me cogió de la diestra y quedo, dijo:
"¡Ven, mi amor!... ¡Ven!... Por el camino incierto
vagaremos los dos con rumbo fijo."
Solitario quedó el portal abierto.

La noche quieta, entre un fulgor de estrellas,

oyó encantada la canción primera;

¡mis ojos vieron tántas cosas bellas!...

Sentí en mi alma nacer la primavera

en la azul noche entre un fulgor de estrellas.

Horas dulces y días tristes fueron

por igual blancas perlas engarzadas

en el rosario de mis sueños. Vieron

ilusiones y penas enlazadas

a través de los días que se fueron.

Y, hoy que estoy sola ¿a dónde iré ...Perdida
en la gran soledad de un silencio hondo
desfallezco, y la lágrima vertida
amargamente busca el negro fondo
de ignota fuente que calló perdida.

Ciega estaba y al sol mi alma se abría...
Fue mi vida serena y tan callada
que el llanto de la tarde que moría
llegaba a mí como canción alada.
¡Ciega estaba y al sol mi alma se abría!...

¿ CUÁNDO ?

Con la paz desposada,
viví un rato olvidado;
mi vida era un remanso
que no turbó el dolor,
A mi quieta posada,
¡peregrino amargado!
fuiste a pedir descanso,
trayéndome el amor.

Me enseñaste a soñar,
al compás de las horas,
a levantar palacios
pintados de ilusión.
Bordaste tu cantar,
en un cielo de auroras,
y estalló en los espacios
tu grito de pasión.

Y un día te marchaste,
con las alforjas llenas
de mis sueños de amor,
hijos de las estrellas.
La misma senda hollaste,
olvidando tus penas,
y el intenso dolor
de nuestras tardes bellas.

"¡Volveré!," murmuraste,
"cuando traiga la gloria
entre mis manos presa
para dártela a tí".
Tras la Esquiva volaste,
en pos de la victoria,
mas yo sé que no es ésa,
la dicha para mí.

"¡Volveré!" repetiste,

desde el monte lejano.

"¡Volveré!" repitió

burlonamente el eco.

¿Cuándo?—pregunto triste.

¿Quién descifra el arcano?

¡Cuándo!— el eco gimió.

¿Cuando el pecho esté seco?

HOGAR, MUNDO MÍO

¡Casa vieja, arca santa, hogar mío bendito,
mundo mío que encierras en toda tu humildad
los vasos consagrados de un amoroso rito
en que se inmerge el alma plena de claridad!

Único reposorio de todos mis anhelos.
en tus viejas paredes, tus árboles caducos
pulsa su arpa el recuerdo y en mis largos desvelos
va la vida desnuda de infamias y de trucos.

¡Tibio hogar, mundo mío! ¡Sangre de mi alma entera

¡Cáliz de mis amores, lápida de pesares!

donde asomóse tímida la ensoñación primera,

con temblores de virgen bajo extraños cantares.

Para mí sólo tienes las supremas visiones

de mis grandes amores y mis hondos cariños:

el lenguarazo tibio de mis puras pasiones

que en mi vida han quedado cual caricia de niños.

¡Cobijo de mis padres! Viejas cosas queridas,
recuerdos de alegrías, de infancia, de amarguras;
cifra de mis dulzuras, venda de mis heridas,
linterna vigilante de mis noches futuras.

En tí vengo a buscar silencios comprensivos,
calor de corazones y la risa cordial;
tú me has visto llorar por mis sueños esquivos,
doblegada me viste por la angustia feral.

Y han quedado en tu entraña, como un beso inviolado,
mis goces infantiles, mis penas de mujer,
muñecas, desengaños, el todo amalgamado
que forma tu alma grande y el todo de mi ser.

Una sombra adorada vengo a buscar en tí,
¡el corazón me dice que aquí siempre ha de estar!
Algo muy santo y dulce siento adentrarse en mí,
¡es la voz de mi padre que torna al viejo hogar!

Siempre has de ser la misma de intensas fortalezas,
inagotable fuente de fuerzas interiores.
Heridas que en mi carne abran crueles malezas,
cerrarás compasiva con tu cura de amores.

¡Casa vieja, arca santa, hogar mío bendito!
Mundo mío, tú encierras en toda tu humildad
los vasos consagrados de un amoroso rito
en que se inmerge el alma plena de claridad.

A LA VIRGEN DE GUÍA

¡SEÑORA! Llegue a Ti la vibración
de este grito que arranca del doliente
pecho mío tu amor, dulce pasión,
y haz que la luz resurja en el poniente,
donde agoniza mi última ilusión.

Virgen de Guía, tu nombre es la eterna
pavesa de inmortal lumbre, que enciende
en los pechos la llama viva y tierna
del puro amor; ¡tu nombre es sol que hiende
del pecho la perpetua sombra interna!

Cuán dulces eran las serenas tardes
de los lejanos mayos florecidos
cuando, gozosa, mi alma, sin alardes,
vibraba de emoción y amor sentidos,
sin conocer anhélitos cobardes.

Por escala de rosas que sangraban,
ví tu gloria bajar, Virgen divina,
y tus plantas sagradas perfumaban
las flores con su esencia peregrina,
y mil pechos tus glorias ensalzaban.

Mi alma de niña ha muerto para ser
la urna de los dolores incipientes,
¡son mías las angustias de mujer!
Mas deja que hoy, con manos reverentes,
mi arpa a tus pies me atreva yo a poner.

Sea mi canto la flor que este día
a tus plantas mi amor vaya a prender,
sea éste el rezo que antes florecía
en mi boca infantil..... ¡Déjame ser
otra vez niña, oh, Virgencita mía!...

BARCAROLA

Blanca y suave, tu vela desplegada
sobre el agua es abierta flor de nieve...
Barquilla que te alejas ignorada
bajo el azul, sobre el oleaje breve.

Dulzura de mis ojos fatigados,
sueño rosado de la tarde austera,
brillan tus flancos por el sol dorados
al beso tibio de la luz postrera.

Hacia la mar te vas como paloma
que en el milagro azul de la hora bella,
tras sí abandona la encantada loma
y surca el cielo en busca de su estrella.

¡Con qué angustiada ansia te sigue el alma!...
Te vas, como un cariño que se aleja
en la agonía de fingida calma,
que sofoca en el pecho la honda queja.

Blanca y suave te vas hacia la mar,

barquilla de mis dulces esperanzas .....

Ya me verá la noche sollozar

por la quimera que huye en lontananzas.

INVITACIóN A LA MUSA

Ven a que te hable cuando el alba nace,
tras las montañas de la patria mía,
mientras la blanca luna se deshace
cual otoñal y blanca fantasía.

Mi corazón sus íntimas querellas
ofrecerá al antojo de tu oído;
te arrullará a la luz de las estrellas
el ritmo de mi acento enaltecido.

Te diré qué me cuentan las florestas
en las noches azules y apacibles;
te diré del secreto de las siestas,
graves como vestales inflexibles.

Habrá poemas en el alma mía
y, allá, arriba, un tributo de celajes.
Será el camino un florecer del día
que nos brinde su asombro entre boscajes.

Ven a mirarte en los guardados pozos
de los deseos y ambiciones míos,
tú sola has de llegar hasta mis gozos
por laberintos tristes y sombríos.

Tu aliento encenderá muertas hogueras
consumidas al soplo de los vientos,
su lumbre amustiará las penas fieras
que forman mi corona de tormentos.

Ven a que te hable sin congojas locas

en la hora nueva, madre de armonías;

y al sueño demos nuestras rientes bocas

entre salmos de blandas melodías.

NOCTURNO

La luz eterna de las estrellas
sabias contemplan mi hondo dolor.
mientras reposa en la alta noche
el alma esquiva del verde mar.

La blanca luna tiñe de plata
los quietos cerros, el valle en flor;
y allá a lo lejos, como un lamento,
una guitarra de amor suspira.

¡Qué triste tengo el corazón!...

Hondas heridas su mal hicieron,

por eso ríe, por eso llora

en el misterio de la hora azul.

CUANDO VUELVAS...

Con los días alegres ya te has ido
¡oh, risueña y alegre primavera!...
Los huertos cavilosos, en olvido,
van desgranando su ilusión postrera.

Cuando vuelvas, rosada primavera,
habrá en la tierra un nuevo despertar;
bordará el mar una sutil quimera
cuando vaya las playas a besar.

La niña doblará sobre su pecho
su frente fatigada de soñar;
la luna desde su argentado lecho
le sentirá en la noche suspirar;

el cielo con sus galas luminosas
como un marco celeste a tu belleza,
pondrá en tus sienes las gloriosas
lumbres crepusculares con largueza.

Todo será lo mismo a tu retorno;

las viejas aves volverán a tí;

de la vida en el mágico dintorno

¡ay!, ¡cuando vuelvas,! ¡no lo harás por mí!...

Ya no se espejará tu luz reidora

en el hondo cristal de mis pupilas,

ni se verá tu brisa engendradora

perdida entre mis nardos y mis lilas.

De mi ventana en el rincón vacío
tal vez quede algún pétalo agostado;
búscalo que, quizás, aunque sombrío,
un pensamiento mío haya guardado.

Te hablará en secreto, si me nombras,
de mis nostalgias, de mis ansias locas.
Te dirá que me fuí como las sombras,
de mis nostalgias, de mis ansias locas.

Cuando vuelvas, lejana primavera,

otras almas suspirarán por tí;

pero de mí — triste y fugaz viajera—

¡los huertos te dirán que ya me fuí!

PENAS, PENAS MÍAS

¡Penas mías como aves mansas, tristes,
nacidas al calor de días foscos,
de horas grises!...
surge ante vuestro acento melancólico
lento, lento,
la prole innumerable del recuerdo.

¡Espectros de los días ya remotos!
ilusión, flor de amores olvidados,
sueños locos,
¿por qué venís desde lo más lejano
a gravar
mi amargura presente, mi hondo mal?

Del fondo de la copa de mis llantos
a flor de espuma brota lo pretérito,
lo velado
por el olvido con un vano empeño,
como una risa que la pena espanta
y se dilata en una mueca amarga.

Y en el largo sendero interminable
en un temblor agónico las rosas
secas caen;
y en mi alma estalla, como cuerda rota,
la canción
de los tristes que mueren de ilusión.

¡NO ME QUIERAS!

Mi hogar, entre las cañas escondido,
turbó un día la música divina
de tu amor que, en el bosque florecido,
tuvo arrullos de enferma golondrina.

En mi pecho infeliz donde una gota
de cicuta fatal puso el dolor,
sentí vibrar como doliente nota
reminiscencias de un lejano amor.

No avives la tristeza que se calma,

ni despiertes la fiera que se aduerme...

Sólo quiero del bosque la quietud.

¡En mi retiro, solitaria palma,

resistirá a los años, siempre inerme,

el viejo amor que canta mi laúd!

HOY COMO AYER

El ave del recuerdo abre sus alas
en la hora antelucana que agoniza,
y entre un temblor de cenicientas galas,
en el alma su canto se eterniza.

Y al romper con sus notas la apatía
en que se sume el corazón que olvida,
siento de nuevo el escozor que un día
lejano, fue en mi pecho dulce herida.

El recuerdo no miente. Fue una noche...

como hoy la mar canora tarareaba

indulgencias. Como hoy fulgía el broche

ígneo que en el azul, fugaz, tremaba.

Leve brisa otoñal trajo a mi oído

dulce arpegio de largas añoranzas;

¡tú que venías por mi amor dormido;

despertando inquietudes y esperanzas!

Capullo en gemación, tú lo cuidaste

arropado entre gayas vestiduras

de ensueños, y en tu anhelo te olvidaste

de la vida que deja cortaduras.

Mas, ¿qué importa la angustia pesimista

mientras juntos cantemos al amor?

¡Si al alzar hacia el cielo nuestra vista

surge de nuevo la ilusión en flor!...

El amor es así; una amalgama

de espesas sombras, florecer de auroras,

breve risa, fugaz llanto que inflama

el pecho de locuras soñadoras.

Hoy como ayer mi corazón te espera

revestido de aurífero ropaje,

y en mi vida retorna la quimera

que despliega su róseo varillaje.

A mis labios acerco el fino vaso

donde guarda sus mieles la alegría

que al declinar el sol en el ocaso,

¡envuelta en luces surgiré en tu vía!

LA CRUZ

Como un vigía que en la noche vela
las almas el perdón tu amor enlaza,
y allí a tus plantas fugitiva estela
de lágrimas, la ignota angustia traza.

Flor de piedad que en el silencio medras
y el pesar trashumante ansiosa acoges,
mi frente inclino, pues mi orgullo arredras,
¡Tú, que en tu seno al pecador recoges!

Con paso lento y corazón pesado,

a tí me acerco tras febril jornada,

y a tus pies, como flores de pasión

que atmósfera letal ha marchitado,

depongo triste la última brazada

de rosas que aromó mi corazón.

¡VIEJO PIANO, DULCE AMIGO!

Cuando siento la nostalgia de mis horas
en que tristes mis ensueños mustios huyen,
tú en la tarde roja y oro dulce lloras
los pesares que en mi pecho se diluyen.

En la noche silenciosa y azulada,
cuando suave la floresta besa el viento,
nuestras cuitas sólo escucha la enramada,
que contesta con su arrullo lento, lento...

Cuando siento que mis manos temblorosas
de mi lira no despiertan la poesía,
yo te busco y renacen vigorosas
mis estrofas inebriadas de armonía.

¡Viejo piano, dulce amigo de mi vida,
tú me brindas en mis días soledosos,
como nueva primavera florecida,
la eufonía de tus cantos armoniosos!...

LA NOCHE

Eres la amiga tú, ¡noche piadosa!
que en nuestros pechos la nostalgia espanta;
tú eres la que con mano poderosa
los fuertes lazos del dolor quebranta.

Es tu perfume bálsamo sagrado
para el cerebro que jamás reposa,
y de tus sombras, como canto alado,
surge la Idea, ¡la fecunda rosa!

De la existencia la ironía triste

trémula borra tu azulada lumbre,

y tiene el vacilante corazón

que el día impío de ansiedades viste,

calor de llamas, altivez de cumbre,

cuando en su vaso viertes la Ilusión.

DELIRIO

¡Corazón, fuente eterna de emoción!

¡Corazón, sombra negra de mi vida!

¡Quién pudiera arrancarte, oh corazón

vivo y bermejo por la abierta herida,

y de tí y de la última ilusión,

y de todas las quejas,

y de las penas viejas,

hacer hoguera de mi risa al son!

La brutal carcajada, con crueldad,

retozará en mi boca,

—flor de blasfemias loca—

al contemplar tu muerte y mi impiedad.

Se secará la lágrima en su vaso

al calor de tus carnes encendidas;

triunfante y fuerte dejaré a mi paso

la sangre tibia de las cosas idas.

Muerto el recuerdo y muerta la añoranza,

sin amores ni agravios que resisten,

blandiré con feroz saña la lanza

que empuñan los que, muertos, aún existen.

Sufrir— ¡Si ya se miente!...

Morir— ¡Si no se siente!...

¡Oh, quién pudiera, corazón ardiente,

en un supremo y único delirio

apartarte de mí—eternamente—

sin más mortaja que el blancor de un lirio!

AL TOQUE PASCUAL

¡Oh, rosas pascuales! Campanas al vuelo
que ungís el ambiente de aromas y amor!...
Cuántos corazones, en dulce desvelo,
vuestro canto esperan que borra el dolor.

Llegará a mi puerta un eco de risas;
cargando juguetes, los niños irán. . .
Cogeré la mano de aquel que sin prisas,
vestido de negro, solito y sin pan

contemple amargado la dicha triunfal.

El huérfano triste entrará en mi hogar,

comerá conmigo en mi mesa frugal...

Dormido en mi pecho, ¡va el niño a soñar!...

Va el niño a soñar que duerme en su cuna,

y un ángel, su madre, le mece cantando

mientras van la estrella, la flor y la luna

mirando la ría que pasa callando.

Y cuando despierte llorará dolido...

sabrá que fue un sueño. Mirará a la extraña

sobre cuyo seno se quedó dormido...

y guardaré en mi alma el llanto que empaña,

sus cándidos ojos, tristes, sorprendidos.

Seguirá su senda... Me olvidará un día...

Y abriré de nuevo, a los desvalidos,

corazón y hogar; volverán la ría,

el canto, la madre, la luna y la flor

en un alma ingenua, de blancuras llena,

a apagar sus ansias y su sed de amor,

en el dulce sueño de una Nochebuena.

NO BUSQUES EN MIS VERSOS...

No busques en mis versos plenitud de alegrías,
ni brillantes arpegios, ni caudas cegadoras;
en ellos se ha prendido mal de melancolías,
que pone en mis estrofas el dolor de mis horas.

No busques en mis versos el perfume primero
ni el dulzor inebriante de celeste ambrosía;
acre aroma de llanto revuela prisionero
en las rimas dolientes de mi febril poesía.

Son la queja profunda de las sombras perdidas,
son el eco lloroso de una fuente ya escasa,
del amor que se aleja, de lágrimas vertidas
en la loca farándula de la vida que pasa.

Mis versos son cenizas de una hoguera apagada
por un soplo de viento de una noche de abril;
son los graves acordes de una pieza olvidada
en el abierto piano, sobre empolvado atril.

SONETO

Han florecido en mi balcón las rosas,
en promesa sutil de primavera.
En el cristal del día, generosas,
vierten su dulce emanación primera.

Hay honda laxitud en la mañana
que me invade pereza poseedora;
mientras flagela el viento en mi ventana
la cortina ligera y voladora.

No hay tristezas en mi alma caprichosa.

Es ella la extasiada mariposa

que se encalma gentil sobre la flor.

Han florecido en mi balcón las rosas,

nimban mi frente sombras langorosas,

¡me arrulla el día como un viejo amor!

HACIA EL REMANSO

¿Para qué me preguntas hacia dónde yo voy?
No me detengas más que siempre llevo prisa
por llegar al remanso donde mis penas de hoy,
serán mañana aromas que aventará la brisa...
¿Para qué me preguntas hacia dónde yo voy?

A través de la bruma que enturbia mi camino,
voy hollando el sendero florido de dolor.
Como un sol de esperanza nacido del destino,
a tus riberas llego soñando con mi amor,
a través de la bruma que enturbia mi camino.

Junto al zafiro acuoso en que formas tu ser,
un ánfora de barro con estoicismo espera
la boca sitibunda que en ella ha de beber.
¿Quién ha venido, quién? ¿Quién durmió en tu ribera
junto al zafiro acuoso en que formas tu ser?

Jamás el rostro vuelvo a voz inoportuna...
Las huellas de mi paso la lluvia borrará...
y el blanco clavileño de la falaz fortuna,
algún día, como otros, también se perderá,
¿A qué volver el rostro a voz inoportuna?

Por eso no preguntes hacia dónde yo voy.

Mi alma está cerrada a toda voz extraña. . .

Por llegar al remanso llevo mucha prisa hoy,

que angustia me ha apresado de nuevo en su maraña.—

Por eso no preguntes hacia dónde yo voy.

HACIA LA MAR

Blanca y suave, tu vela desplegada
sobre el agua es abierta flor de nieve...
Barquilla que te alejas ignorada
bajo el azul, sobre el oleaje breve.

Dulzura de mis ojos fatigados,
sueño rosado de la tarde austera,
brillan tus flancos por el sol dorados
al beso tibio de la luz postrera.

Hacia la mar te vas como paloma

que en el milagro azul de la hora bella,

tras sí abandona la encantada loma

y surca el cielo en busca de su estrella.

¡Con qué angustiada ansia te sigue el alma!...

Te vas, como un cariño que se aleja

en la agonía de fingida calma,

que sofoca en el pecho la honda queja.

Blanca y suave te vas hacia la mar,
barquilla de mis dulces esperanzas...
Ya me verá la noche sollozar
por la quimera que huye en lontananzas.

CONGOJA

Como una aguja de hielo
se me ha clavado en el alma
una congoja que es duelo
de mi existencia sin calma.

Y este tan hondo dolor
que es el dolor de vivir,
hace un llanto del amor
que entre sombras va a morir.

¡Oh, alma!... pobre mariposa

que en el alto azul anhelas,

en la tarde langorosa,

trazar las claras estelas

de tus sueños, caprichosa;

acalla del corazón

la honda queja dolorosa,

al morir de tu ilusión.

JARDINES

Manto de terciopelo en los jardines,
perfumes en la brisa volandera,
un quimérico soplo los violines
que glosan en la noche romancera.

Lluvia de estrellas en la fuente ignota
donde sume la luna su ilusión;
¡cuántas veces en ella cayó rota
la rosa que mimó mi corazón!

La noche es luz y es humo que platea
las frondas enlazadas por un sueño,
humo que besa el seno de Astartea
inmortal en el mármol de su dueño.

¡Mis jardines, contad vuestro secreto
en mis breves instantes de alegría!
¡dad a mi corazón, cuando esté inquieto,
el sedante de vuestra sinfonía!

Dadme, cuando sentís mi padecer,

en el cristal del sueño de una estrella,

el vino lírico de vuestro ser...

¡y un verso, todo azul, a mi querella!

¡Oh, jardines por donde voy sembrando

mi esperanza, mis males por igual,

¡ahuyentad la tristeza que, jugando,

en el pecho me clava su puñal!

SIEMPRE

Cuando yo no esté, no llores por mí.
Secaré tu llanto con el suave viento,
sentirás mi beso cuando piense en ti
¡y es que estarás siempre en mi pensamiento!

Estas madreselvas que tanto he querido
cuando yo me vaya de mí te hablarán;
te dirá cada hoja que yo no te olvido,
sus flores, mis lágrimas, te acompañarán.

Tenlas con cariño, no dejes que mueran,

seré yo, en mi ausencia, junto a tí, mi Nita,

y si triste lloras por los días que eran

de dicha y ventura, recuerda en tu cuita

que aún lejos de tí a tu lado estoy:

en la leve brisa, en la noche quieta,

en la estrella amiga a donde yo voy

a contar las penas de mi vida inquieta.

Me hallarás, mi bien, en tu piano amigo,

estaré también en las melodías

que juntas gustamos cuando yo, contigo,

al olvido daba las angustias mías.

Aunque tú no lo crees, por más que lo desmientes,

yo te quiero, te quiero con todos mis sentidos,

como yo te quise antes cuando te dije— ¡Siempre!

y es mi vivo deseo estar siempre contigo.

En el día, en la noche, tú eres mi pensamiento,

todo mi ser añora las horas junto a tí:

mi alma, celosa, guarda tu más leve recuerdo

y es que te quiero, sí, con un querer sin fin.

Yo te quiero, mi bien, no sé cómo te quiero,

sólo sé que a tu lado el cielo es para mí,

el corazón te guarda, lleno de sus anhelos,

como una flor pagana, al ofrecerse a tí.

Ya sabes.. mi amor, no es mentira ni engaño...

no fue falsa mi boca al jurarte cariño,

mi corazón te dice, como en día lejano,

¡yo te quiero! ¡te quiero cual siempre te he querido!

CAPRICHO

A Josefina Barros, buena amiga

Hay capullos de luz entre las sombras
y en la noche silente se despierta,
con cadencias que cantan y sollozan,
tu piano con sus alas de quimera.

Son sus notas luciérnagas errantes
que, al mágico conjuro del momento,
alegran, como rosas inefables,
la angustia de mis viejos pensamientos.

Es tu alma niña, ¡es ella que así canta

ofreciendo a la vida su ilusión!

Aunque comprendas que la vida es mala,

da tus cantares a todo dolor.

Siempre habrá un sol para tus días tristes,

—hilo de luz brotado en la tiniebla—

mientras tú rías y sin miedo mires

el sutil vuelo de tus sueños, Nena.

Está la fuente llena de armonías...

Al roce de tus manos el Ensueño

se aduerme, dulcemente, en tus pupilas

como una estrella en el azul del cielo.

DISCRETAMENTE

Sin que tú lo sepas, silenciosamente,
en el viento suave que vaya a rozarte,
muy dulcemente,
sin despertarte,
besaré tus ojos que por mí han llorado,
que me han soñado.

Quieta, tiernamente, sin que tú lo sientas,
junto a tí estaré, en horas sombrías.
Tus noches lentas,
tus manos frías,
quedarán entonces llenas del calor
de un gran amor.

Tus tristes ventanas humildes, desiertas,
vestiré de luces, de luces de estrellas;
ya despiertas,
áureas y bellas,
las puras palomas de tus ilusiones
dirán canciones.

Estaré en tus versos y en los libros que leas,
en tus viejas penas y en tu pensamiento.
Sin que me veas,
sin un lamento,
llegaré a tu puerta amorosamente,
discretamente....

Y aunque todos digan que yo ya me he muerto

y cierre una lápida mi loco destino,

¡no será cierto!

Algo divino

quedará por siempre tu vida a velar

en tu penar.

BALADA NOCTURNAL

Romanza sin palabras el viento canta
en la noche que es perfume e ilusión,
mientras luz de luna entre las cañas pinta
brujos arabescos, ensueño, visión.

Las flores del kamúning la tierra alfombran
y el suelo se empapa en esencia nativa
que aduerme a las sombras que en la noche brotan,
y el amor acuna de una moza altiva.

Surca una barca la laguna dormida,

sangrienta estela sobre las aguas deja

la roja luz de la linterna encendida.

Y un grillo silba con monotonía,

con agria aspereza de loco cantor,

. . . . . .

la misma cadencia de su sinfonía.

LUZ ASTRAL

¡Oh luz astral en que se apresan
las palideces de mis dolores,
toda la gama de desalientos,
que un reposorio en mi pecho hallaron!

¡Luz compasiva, oh blanca luz,
que me acompañas en mis vigilias!..
¡luz sideral donde se cuaja
frialdad de muerte, serenidad!

Como semilla que el viento esparce

así en tu planta siembro la flora

de mis tristezas graves, profundas...

Como un perfume que el alma aspira

amo tu aroma de eternidad,

¡oh luz astral, leve e intangible!

¡luz compasiva, oh blanca luz,

lágrima y flor de mis insomnios!...

¡CANTANDO PASARÉ!...

Como el ave que alegra la soledad del campo,
loando con sus trinos la dicha del vivir,
frente a la puerta donde su llanto el triste enjuga
¡cantando pasaré!...

Cuando silente el aura melancólica llora
entre las sombras donde la tarde se deslíe,
como queja amorosa bajo las verdes cañas
¡cantando pasaré!...

Y en las umbrosas selvas donde la maya anida,
donde los batis duermen tranquilos y apacibles,
donde el torrente corre bramando sus rencores,
¡cantando pasaré!...

Cuando enfermas de anemia las rosas en sus tallos
con langor se desmayan y entre suspiros mueren,
como hálito de vida, como un sueño en la noche,
¡cantando pasaré!...

Cuando con paso quedo la muerte se aproxime
como fúnebre marcha que al alma espanto infunde,
surcando las penumbras, rasgando las tinieblas,
¡cantando pasaré!...

Y al final del camino donde la luz se nubla,
cuando frente a mí surja la desolada Estigia
donde la Vida acaba, donde la Muerte empieza,
sin volver la mirada donde aún amores deje,
en los labios exangües el cántico postrero,
y en la mano la lira de cuerdas destrozadas,
¡cantando pasaré!...

VÉRTIGO

Intrépidas mis ansias escalaron
el azul de las cumbres más bravías,
cual de águilas guerreras, trepidaron
sus alas fuertes de color de umbrías.

Nunca temió mi corazón el frío
ni anheló de la llama, beso ardiente.
¡Sabía sólo que era algo muy mío
que se daba a la vida, indiferente!

Miró el cielo y miró la mar ... Dormido
le sentía, sin locas turbaciones,
como un niño en la cuna recogido
al reposado son de unas canciones.

Y era quieta la noche y dulce el día,
era la paz en mi alma sin congojas
y miraba la cumbre y sonreía
y bajaba al abismo con las hojas.

Tenía un corazón ... ¡y no pedía!

Le bastaba la fuerza de sus alas;

libre, a su antojo, su camino abría;

las estrellas y el sol eran sus galas.

Y, hoy, que busco en la sombra tu mirada,

no sé qué dice el corazón, incierto.

Quema mi pecho intensa llamarada

y pienso, al verte, ¡cómo no me he muerto!

FUTILIDAD

Abarcan el azul, enamorados,
mis ojos de cristales avarientos,
y mis labios, en los cálices dorados,
buscan el beso, trémulos, sedientos.

Mi frente es mármol donde talla rosas
el cincel de oro de la regia luz.
Es canto si entre sombras dolorosas
se levanta, fatídica, mi cruz.

Las hojas buscan adorar mis manos
que abril mima al yacer entre sus flores.
Son mis manos los dos vasos hermanos
que por igual recogen esplendores.

Sonríe el "ego" vano y formidable
y la arcilla, soberbia en panteismo,
palpita satisfecha e indomable,
ególatra de espléndido helenismo.

Una pausa ... Intervalo en los sentidos...

y llora algo en mi pecho, quietamente.

¡Valores mentidos

mi yo doblaron en la llama ardiente¡

¡Tristeza de mis manos, de mis ojos!...

¡oh, inútil carne de mis huesos cubre!

¡si es la muerte que espera mis despojos,

como cosecha su hojarasca octubre!

MANDOLINATA

Bajo un claro de luna, entre sombras de plata
va soltando Pierrot el collar de sus risas,
carcajadas que bullen en su boca pintada
que al abrirse semeja una trágica herida.

Pobre artista sin nombre que florece en la vida
para ahuyentar la pena de ajenos corazones.
Bufón de los caminos con siembra de alegrías
donde su risa borra anónimos dolores.

Pierrot el traicionado por los falsos cariños,

payaso solitario en medio de sus sueños;

el que va con su ofrenda de risas compasivo

olvidando sus penas, su llanto y sus anhelos.

El que canta en la noche su canción de amargura

cuando el reposo es uno y la quimera vaga,

el que esconde en la sombra tembloroso su angustia

con sus manos velando las heridas del alma.

Estremece el silencio dulce mandolinata....

Lluvia de rosas cae en los jardines mudos.

Los balcones se entreabren en la noche tan blanca....

¡es Pierrot que así lleva sus dolores ocultos!....

¡MATER DOLOROSA!

Por el largo sendero interminable
hacia el Calvario,
iba la caravana innumerable
como un rosario
de corazones. El mirar sereno,
la pura frente
húmeda de sangre, iba el Nazareno,
dulce y silente.

Tras El, entre congojas y amarguras,
iba María,
elevada su pena a las alturas
de la agonía;
los bellos ojos ensombrece el llanto.....
¡Dulce Amorosa!...
Oh amante Madre del Divino Escanto,
¡Oh Dolorosa!

El puñal impiadoso del Dolor
dejó tu pecho

—vaso de aromas, de sublime amor—
roto y deshecho.

Y era una espada cada cruel rubí
que se licuaba

sobre la frente herida del Rabí
que desangraba.

Tú fuiste en su calvario dulce flor,
flor de Pasión,

cuyo cáliz abierto a todo amor
y devoción,

entre lágrimas supo perdonar
al mundo ingrato

que clavaba su cruz sin descansar,
loco, insensato.

Y hoy en nombre de aquel Amor divino,

mi alma se eleva

hasta ti, como un triste peregrino

que el azar lleva

hacia el remanso pleno de dulzura,

¡Oh Dolorosa!

¡Oh Virgen de la Angustia y la Amargura,

Madre Amorosa!

CONFESIÓN

Yo me confieso a Ti en mi soledad,
en la hora trunca, negra de tristezas,
cuando el alma, cobarde a la impiedad,
desmaya en sed profunda de ternezas.

¿Cómo pedir al pobre corazón
que viva sin palabras, olvidado?
¿Cómo esperar que aliente en decepción,
por sus eternas luchas torturado?

Si penumbras ocultan su agonía,

Tú ya sabes por qué muere, Señor!....

¡Oh dulce fuente de belleza impía,

suprema tentación hecha dolor!

¡Dolor!..¡dolor de lo remoto y vano!

soñar con sueños de alas mustias, rotas,

que ello es tan sólo su derecho humano:

¡sepultar en la sombra sus derrotas!

El ave oscura del pesar se posa

en mis ventanas a la noche abiertas;

temblando se alejó la mariposa.....

¡sabe que están mis esperanzas muertas!

Tan sólo queda la palabra ardiente

que jamás aprendió expresarse pronta.

cayó la lágrima fugaz, candente,

hecha nostalgia que el azul surmonta.

El alma penitente te confiesa

sus presentes, pretéritos dolores,

¡da el cilicio que rasga y atraviesa,

mas da a mis noches, mi Señor, fulgores!

LÍRICA

¡Cántame despacio!... Tristeza se acerca.
La noche ya juega con la adumbración.
Naufragó una estrella en la muda alberca,
también en silencio murió mi ilusión.

¡Murió el corazón!..¡Cántame despacio!
que tu voz no hiera mi calma doliente.
Clavaré mi afán en el gran espacio,
¡cántame despacio!...dulce, dulcemente.

Suave, suavemente como a un niño enfermo
para que oiga la voz de mi pena,
para que yo olvide que está el jardín yermo,
que enterré mis rosas en la blanca arena.

Y en la blanca arena clavé por igual
los cirios dorados de mis ansias hondas
y han quedado allá, en quietud feral,
en la paz umbría, bajo oscuras frondas.

Bajo oscuras frondas déjame dormir....

Y cuando Ella venga buscándome a mí,

¡cántame despacio! ¡que antes de morir

tenga el pensamiento rendido ante ti!

LÍRICA

I

¿Te fuiste? ¿Vendrás? ¿Serás tú la sombra
que pasa en silencio bajo mi ventana?
¿Acaso el latido que a la noche asombra
es tu alma en vigilia, celosa guardiana?

¡Pasaste!.... Tú fuiste la dulce quimera,
prendiste jazmines, deshojaste rosas
en mis negras trenzas. Fue en la primavera
de unos días cortos... ¡Como son las cosas!

¡Vendrás!....La esperanza es pan de cada hora,

es llama que prende al soplo del viento

y en el viento escribo —tinta que se dora—

las rimas secretas de mi pensamiento.

Si eres tú que vienes por este camino,

no mires la luz que alumbra mi puerta.

El beso a la estrella es algo divino,

como una caricia a la noche incierta.

Un libro no abierto, páginas doradas,

flores agostadas entre cuento y cuento;

ilusión la vida, las horas soñadas,

¡también el amor al postrer recuento!

¿Pasaste? ¿Vendrás? En mi alma palpita

la dulce locura, azul mariposa

que lleva en sus alas la gloria infinita

atada a una cinta de luz temblorosa.

POSTFACIO

ALGO SOBRE LA AUTORA Y SU OBRA

Fue breve su paso por el mundo. Su historia podría condensarse en estos tres verbos: nació, sufrió, murió.

Mas, como he dicho siempre, la excelencia de una vida no se gradúa en términos de longitud, sino en términos de intensidad. Ni aun los que llegaron a ver su centenario fueron medidos por los años que vivieron sino por el grado en que sus vidas fueron inspiración para sus coetáneos y para los que después recogieron su herencia.

Al llegar a este punto se nos ocurre preguntar: ¿Cuánto afán pone la actual generación en el trabajo de recoger la herencia de nuestros antepasados? ¿Existe siquiera este afán?

Se nos antoja angustioso el estudio de este problema. Nos acomete el miedo de tener que contestar negativamente a estas preguntas. Hasta nos asalta la sospecha de que, los que un tiempo escribieron un signo de admiración sobre la obra de los que colocaron las bases de nuestra cultura, consideren distinguido y elegante cierto desdén por lo que fue.

Es cierto. En los días que corremos, en algunos segmentos de nuestra sociedad — ésa que se complace en llamarse intelectual — ha surgido tímidamente la idea de reaquilatar valores que han pasado de moda. Ese surgimiento sería alentador si en seguida no le saliera al encuentro otra sospecha, la de que también se trata de otra actitud *snobista,* (valga el vocablo), otra disposición a aparecer distinguido y, por lo tanto, diferente de los demás.

Proponemos un momento de reposo y meditación, acallando por algunos instantes las agrias voces alzadas en torno por esta vida inquieta que creó la postguerra. Queremos reclamar el concurso de los sociólogos modernos para que examinen despacio y sin apasionamientos la vida de hoy, tan turbada de gritos estridentes cuyos deciblos jamás se conocieron antes.

El proceso es de simple comparación. Tomad por modelo cualquier joven normal, nacido poco antes de la pasada Guerra Mundial, y comparad con los vuestros sus ideas, sus tendencias, sus hábitos y sus gustos. Al momento notaréis este hecho sorprendente: el joven de hoy, el dieciochoañero, como dirían los periodistas cuando dan cuenta de la marcha ascendente de la criminalidad juvenil, no se os parece en nada. Volved luego la vista hacia un pasado que alcance hasta vuestra juventud, y hasta la juventud de vuestros padres y abuelos.

Por diferentes que hubiéreis sido, entre vosotros y vuestros padres o abuelos había siempre un algo que os hacía idénticos, algún distintivo por el que los demás os encontraban fácilmente a vuestro árbol genealógico y les hacía decir: *Son el retrato de su padre.*

Retrato moral han querido decir.

Pues bien; los pasados cincuenta años de lenta destrucción de vuestra vieja tradición, que a esto se ha reducido la labor deseducativa de hace medio siglo, no han conseguido matar ese algo que, no por anónimo, dejó de plasmar vuestras vidas en lo moral, y que, por ello, os filiaba de tal manera que os asemejaba a vuestros progenitores. Por "modernistas" y radicales que hubiéreis sido, os parecíais siempre a los que os engendraron.

¿Se puede decir lo mismo del joven de hoy? No tenéis más que meditar un poco para llegar a esta conclusión:

Entre la juventud que cae más allá y la que cae más acá de la guerra se ha levantado un muro que las diferencia de modo radical. El joven de este instante en nada se parece al joven de hace menos de quince años.

Lo grave del síntoma no consiste en que el fenómeno se dé ante nuestros ojos atónitos. Lo grave es que la ética de la postguerra marca efectivamente la tónica de nuestra vida actual, obligando a la generación aún joven a seguir a rastras, so pena de perder vigencia, el rumbo señalado por la novísima tendencia.

El esguince ha sido tan violento e inesperado que ha cogido a los más alertas desprevenidos y fuera de guardia. Sabíamos que existía una "rebelión de las masas", en frase gráfica de Ortega y Gasset. Pero dudamos que el mismo Ortega y Gasset, cuyo país se colocó al margen de la pasada contienda, haya previsto ni podido prever los hechos que constituyen ya realidad pavorosa en los paises profundamente sacudidos por la guerra.

Allí donde la guerra no arrasó ciudades acaso no sea difícil contener con el muro de la tradición la ola demoledora que hace trizas todas las éticas del pasado. Es posible aún que de allá venga una nueva inspiración, tal vez una nueva cruzada para restaurar viejas pero acreditadas creencias.

Esa cruzada acaso salve las tierras agostadas por la furia de los cuatro jinetes apocalípticos, tierras en donde se siente el nervioso afán de sacudir el yugo de todas las normas.

Porque nos han dicho siempre que jamás se vive sin normas. Sin embargo, aquéllas a que la sociedad refería sus actos como a una instancia superior van perdiendo vigencia rápidamente. A este desplazamiento llaman los

sociólogos "período de reajuste." Y este período se distingue precisamente por la ausencia de toda norma so pretexto de que las seculares son moldes caducos incapaces de plasmar la vida de hoy.

Con todo, esto no es lo pavoroso. Lo pavoroso es que ninguno de los que proclaman la abolición de todas las normas se preocupa de crear las que han de rectorar la vida de mañana. Todo el trabajo de la presente edad es de demolición. Ni siquiera se inquieta por levantar algo que sustituya lo demolido. Lo que hoy se endiosa como doctrina se destroza mañana como bandera ineficaz.

Se discute mucho, eso sí. De la discusión nace la luz, nos dicen de nuevo. Muy de acuerdo. La libre discusión es un derecho. Conformes de toda conformidad. Y así cada uno adopta una norma individual. Esto es indiscutible. Lo discutible e inmoral es que, sin más ni más, sin previo acuerdo común, se pretenda imponer a la sociedad una norma individual cualquiera nada más que porque uno se ha arrogado una autoridad más o nuevos efectiva.

Se puede siempre "pensar por uno mismo." También puede todo el mundo "hablar por sí mismo." Porque hubo épocas en que no se ha dejado a los pueblos "hablar por sí mismos," o sea, expresarse en libertad, se ha legitimado la rebelión. Pero pensar y hablar libremente, que es una válvula de escape, no quiere decir obligar a los demás a pensar, hablar y obrar como nosotros. La tiranía que se combate tiene precisamente esa marca digital. Y es tiranía más odiosa permitir que un grupo imponga a los demás sus gustos y sus ideas, nada más que porque puede imponerse, como grupo, a la sociedad.

Esta acción será efectiva y eficaz, pero altamente inmoral, porque crea en las almas una atmósfera viciada

de anarquía, un deseo, farisaico al comienzo pero cínico al cabo, de sacudir el yugo de toda norma. Y de esta anarquía moral a la anarquía efectiva y material no hay más que un paso.

Nos consta la existencia de sociedades sólidas. Lo que casi siempre nos pasa inadvertido es que en la trabazón de esas sociedades entra como ingrediente principal una serie de hábitos normativos a que se sujetan las acciones sin violentar la voluntad. No esclavizan, pero subyugan. Habitan ya en la subconsciencia y a ellos, consciente o inconscientemente, refiere el ciudadano individual o colectivo la totalidad de sus actos.

No queda anulado el libre albedrío porque podemos sujetarnos o no a sus preceptos. Lo que hacen es que, en las horas de vacilación, proyectan como los faros un chorro de luz que nos señala el buen camino. Si nos desviamos de él sabemos que hemos abandonado libremente la senda iluminada.

En nuestra sociedad queda sólo el resplandor de esa luz. ¿Dónde está su foco? Resuenan voces airadas de protesta o condenación. Es la hora predicha: *Surgent enim pseudochristi et pseudoprophetae*... hasta que acordemos, en nuestra confusión, volver a la senda bañada en luz.

* * * * *

Al caer el telón sobre la pasada hecatombe la lívida luz que iluminaba tanta desolación material alumbró también la conciencia de la nación. Nunca hasta entonces fue patente para nosotros el doble hecho de que la guerra nos había traído dos ruinas: la de nuestras ciudades y la de la conciencia colectiva.

Y nunca como entonces fue tan patente el desastre del sistema que por cincuenta años pretendió rectorar nuestra vida, apartándola en fuerza de propagandas de las sendas que escogimos seguir por tres siglos. Tres años de guerra bastaron para que se desmoronase el edificio de las nuevas normas importadas y de él no quedara piedra sobre piedra.

Si enorme fue el desastre material, mayor fue la hecatombe moral. En diez o quince años hemos podido reponernos del desastre. Tended la vista en derredor y decidme si vislumbráis la incipiente aurora indicadora de qué también vendrá el día en que podremos reponernos de la moral hecatombe.

El alma sensible de Evangelina contempló horrorizada un día las dos ruinas caídas sobre los campos y las ciudades de su país. Nada disloca tanto a las almas de sublimada sensibilidad como la sensación del horror. Veía a su familia, a sus amigos, a su patria como se ve una procesión de espectros.

Antes de la guerra ella se había creado un mundo de realidades invisibles para los demás. Se instaló en una especie de torre de marfil donde, como sacerdotisa de su arte, plañía sus versos. Su lira era la de la angustia. Contemplaba el panorama del mundo sólo un instante para captar visiones de luz vesperal, cabellos de luna, parpadear de estrellas, vuelo de garzas azules. Después se recluía en la quietud de su torre para cantar con Kempis: *sicut naves, tamquam nubes, velut umbra...*

Nadie, entonces, podía trasponer las puertas de su castillo interior sino, como en los templos del Oriente, con los pies descalzos. Pero hoy, después de la hecatombe, ¿qué centinela impedirá la entrada de la vulgaridad eregida en diosa omnipotente?

Se sentía descentrada. ¿En qué alma resonarán los ecos de su doliente vihuela? ¿En quién confiará sus cuitas el gimiente plectro? ¿Quién comprenderá la plegaria que recitarán suspirando sus labios cuando pulse el laúd?

¡Nadie, nadie, madie!, respondía la voz agria de la turba borracha de poder y horra de sensibilidad. Y la turba la mató sin darse cuenta de su crimen.

Leed cualquier verso de Eva Guerrero y notaréis en seguida que su cuerda es el dolor — dolor de haber nacido, dolor de vivir. Pero imaginaos una antología de poesías filipinas sin Eva y descubriréis que de ella está ausente la voz grave, quejumbrosa, de Petrarca o del Dante. Es que la musa exclusiva de nuestros poetas de antes y de después de la Revolución era la Patria. El amor no tenía tantos devotos.

Y no era que el corazón de Eva sólo se embriagaba cantando sus propios dolores. No sentía desdén por Anacreonte. Al contrario: En *La mentira de los años* ella confiesa:

"¡Ríe, canta!", me dijo un corazón amigo.
Quise enjoyar mis labios con la frívola risa
y entonar un loco himno del placer al abrigo.
"¡Ríe, goza!", me dijo. "¡Ama, canta y ve a prisa!"

El frío de una lágrima apagó la sonrisa,
como apaga la lluvia el calor de una hoguera.
Apresada en nostalgias se abatió con la brisa
el canto que en mi pecho profundo suspiro era.

Era que sabía que detrás de cada risa se agazapaba el llanto. Por eso en *Angustia* dice:

Alzo mi copa donde burbujean
melancolías y nostalgias locas,
mientras las sendas a la luz clarean
y ahogan los sollozos nuestras bocas.

Y en otra estrofa

¡Oh eterna pesadumbre de la vida
que pone en nuestras risas la amargura
y refresca los labios de la herida
desplegando sus mantos de negrura!

Y en *Nocturnal* acaso se descubra el secreto de su grande pena cuando en la última estrofa exclama:

Ante tu altar de sombras que rasgan los ensueños
difunden su perfume las flores de mi pena.
Un silencio muy hondo va sembrando el tormento
en mi pecho abrasado por angustias secretas.

Eva, humilde como una violeta, como la describen sus biógrafos, desdeña con desdén franciscano las glorias del mundo. Dice a una amiga en *Poeta* esta admonición:

Desdeño esas glorias que a tí te envanecen,
No quiero esas gemas que adornan tu frente;

. . . . . .

Sigue tu camino. El mío está en sombras...
Es triste el sendero... triste cual la cruz.
Mas yo ¡soy poeta! y el dios que tú nombras
yo lo desconozco... ¡Yo traigo mi luz!...

Pero no siempre llora la poetisa. Hay momentos en que el cantar optimista vibra sin rebozo. Lo indican estas estrofas de *Amanecer:*

Se han ido con la noche mis dolores
con su flora malsana
y sus hiedras malditas.
Ya no me arredran con su voz mis cuitas
en la clara mañana
de cándidos colores.

Tú, ¿qué sabes?, dice ella con suave desdén a quien quisiera saber el secreto de sus dolores, tomándola por la que no era. Es la interrogación con que ella aleja la curiosidad de los que gozan con el placer malsano de tener por averiguado el secreto de todas las vidas.

Si llevo en la noche, si río por nada,
si lleva un dolor mi llanto escondido;
si muere en su cruz mi alma atormentada,
si llevo en el pecho infierno encendido
tú, ¿qué sabes?

Mas ¿para qué llenar este breve postfacio citando palabras de la poetisa? ¿Para qué si tú, lector, que seguramente te inmergiste ya en las páginas de este libro convenciéndote, como pudiera hacerlo el "pálido asceta" de Amado Nervo, de que todo, en la vida, se reduce, en último término, a un gesto de dolor al trasponer los umbrales del "más allá"?

Pero quiero que vuelvas a leer estas vigorosas estrofas, que te demuestran que Eva, en ciertos momentos, sabía mostrar una valentía y un vigor insospechados. Al dirigirse a España le dice estos versos lapidarios:

Frente al mar te levantas, ¡oh arrogante matrona!,
como eterno peñasco que ningún rayo hiende,
y no hay soles que eclipsen tu brillante corona,
tu espiritual imperio que en dos mundos se extiende.

En medio de las ruinas de la hecatombe humana
en que las avaricias son fuentes de dolor,
tú sola eres piadosa, tú sola eres la hermana
de labios enjoyados de palabras de amor.

A. M. A.

Enero de 1959.